

Vivir en la Tierra (Cap. 11)

Los desafíos de la libertad

La historia del antiguo Israel revela que fue mucho más fácil para Dios liberar a un numeroso grupo de esclavos del puño férreo de Egipto que enseñarles cómo vivir como personas libres en una sociedad gobernada según principios divinos. De manera similar, en comparación con todos los riesgos de conquistar la *Tierra Prometida* y asegurar una herencia para cada tribu, resultó ser un desafío aún mayor para Israel vivir en la *Tierra Prometida* como la *nación escogida por Dios*. Por lo general, es más fácil concentrarse en una *misión desalentadora* que requiere un compromiso constante, sacrificios significativos, vigilancia constante y una fe inquebrantable en el éxito del esfuerzo, que mantener la misma misión después del éxito inicial. A menudo, somos muy buenos para alcanzar a las personas con el *mensaje del evangelio*, presentando las enseñanzas de la Biblia de una manera muy persuasiva y convenciendo a la gente para que *acepte a Cristo y Su sacrificio* como la solución definitiva para sus vidas. También nos damos cuenta, sin embargo, de que es más fácil llevar a las personas a una decisión que estar ahí para ellas cuando enfrentan las *consecuencias* de esa decisión. Las *tensiones y conflictos* son inevitables en cualquier grupo de seres humanos. Aun así, cómo resolvemos esas tensiones y conflictos dice mucho sobre nuestras *prioridades reales*, especialmente cuando estas parecen estar en conflicto entre sí.

En este capítulo examinaremos la *tensión* que se desarrolló entre las tribus cisjordana (occidental) y transjordana (oriental) en relación con un altar que construyeron las tribus transjordanas. Erigieron este altar al regresar a su herencia asignada por Moisés en el lado oriental del Jordán (Josué 22:10). La forma en que los israelitas resolvieron esta tensión contiene *principios de resolución de conflictos* que se aplican a diversas situaciones incluso hoy.

Josué reconoció que las tribus transjordanas habían cumplido plenamente las *obligaciones* establecidas por Moisés y por él mismo, demostrando su dedicación y sacrificio por la *causa colectiva de Israel*. Las tribus lucharon junto a sus hermanos israelitas durante aproximadamente seis o siete años (cf. Josué 11:18; 14:10; Deuteronomio 2:14) mientras sus familias permanecían en el lado oriental del Jordán. A pesar de los riesgos, participaron lealmente en las batallas, destacando la importancia de la *unidad nacional* y la tierra. Esta conclusión sienta las bases para preguntas sobre si las tribus israelitas permanecerían unidas a pesar de la fuerte división natural del río Jordán. ¿Mantendrían su *identidad* a través de la adoración compartida de *Yahveh*, Aquel que empoderó su misión?

Rumores...

El *conflicto* entre las nueve tribus y media y las dos tribus y media estalla inicialmente debido a una *falta de comunicación* y a la *comunicación errónea*. Este incidente nos recuerda los capítulos iniciales del libro, donde el cruce del Jordán está vinculado a la erección de un

monumento acompañado de la pregunta: «*¿Qué significan estas piedras?*» La pregunta aquí aparece en el mismo contexto: cruzar el Jordán en la dirección opuesta y erigir un monumento en la orilla del río. La acusación inicial —de que las tribus transjordanas cometieron una *ruptura de la fe* que requería una respuesta militar según las estipulaciones del pacto (Levítico 17:8, 9; Deuteronomio 12:5-7; 13:12-15)— se basa en *rumores* (Josué 22:11). Estos rumores podrían haberse evitado si las tribus transjordanas hubieran compartido sus planes con los líderes de las otras tribus. Una *comunicación clara* podría haber evitado la tensión que podría haber llevado a una guerra civil en Israel. ¿Cuántas veces podríamos evitar *conflictos familiares y eclesiásticos innecesarios* si nos comunicáramos con más claridad?

La acusación de las nueve tribus y media se basa en dos incidentes pasados de la historia de Israel. El primero fue el comportamiento inmoral y la *apostasía* del pueblo en Baal Peor (Números 25:1-18) donde Fineas, el líder de la delegación actual, puso fin al libertinaje mediante un acto de guerra. El segundo fue el caso de Acán (Josué 7), caracterizado por la misma palabra hebrea *ma'al* (que significa «*traición*») que se usa aquí para describir el acto de las dos tribus y media. El contexto era el mismo, los actos parecían idénticos, ¡y los rumores parecían confirmarlo! ¡Nadie sintió que era necesario consultar a Josué, quien está notablemente ausente de toda la historia, o al Señor mismo por medio del *Urim y Tumim*! La conclusión era clara: *¡Vamos a la guerra!* Para crédito de las tribus cisjordana, antes de lanzar un ataque contra sus hermanos que podría haber significado la erradicación de algunas tribus de Israel (cf. Jueces 21:3), enviaron una delegación para *aclarar el significado del altar*.

¿Cuántos *malentendidos, tensiones y conflictos* podrían evitarse hoy en la iglesia si practicáramos el simple principio de no difundir rumores, sino de aclarar las cosas individualmente con la persona involucrada, como se describe en Mateo 18:15-17? El *chismorreo* debilita la *unidad de la iglesia*, desviando a las personas de su misión principal. Las palabras de Ellen G. White se pronuncian enérgicamente contra los males del chismorreo:

> «Si se supone que un hermano ha errado, sus hermanos y hermanas no deben susurrarlo entre ellos y comentarlo, magnificando estos supuestos errores y faltas. Gran parte de este trabajo se hace, y el resultado es que el disgusto de Dios recae sobre quienes lo hacen, y Satanás se regocija de poder debilitar y molestar a quienes podrían ser fuertes en el Señor».¹

Como hemos visto en el libro de Josué, *¡Dios es un Dios de segundas oportunidades!* Todo el libro trata de dar al pueblo de Israel una *segunda oportunidad* para entrar en Canaán, una segunda oportunidad para empezar de nuevo como *pueblo escogido por Dios*, una segunda oportunidad para mostrar su confianza en la guía del Señor, una segunda oportunidad para reclamar su herencia y una segunda oportunidad para vivir en unidad centrada en una misión especial dada por Dios. A veces permitimos que nuestros conflictos se filtren a la siguiente generación y luego a la siguiente. Creemos que conocemos a las personas porque conocemos a sus padres o abuelos, y en nuestro prejuicio, perdemos la oportunidad de

darles una nueva oportunidad para demostrar el poder de la *gracia de Dios* en sus vidas y, de hecho, en las nuestras.

El ejemplo de las tribus cisjordanas nos anima a *escuchar a los demás* antes de juzgarlos. Nos muestra que, incluso si estamos convencidos de nuestra perspectiva, no actuar según nuestros prejuicios ofrece una oportunidad más para la *reconciliación y la unidad* al proporcionar una segunda oportunidad para que la gracia de Dios tenga éxito entre nosotros.

Una respuesta amable...

En Josué 22, la guerra se evita por la forma en que las tribus acusadas responden a la acusación. Está en nuestra naturaleza humana reaccionar bruscamente cuando somos acusados falsa o erróneamente. Los representantes de las tribus transjordana escuchan la acusación completa sin enojarse, sin interrumpir los cargos y sin intentar presentar contraacusaciones. Esto es posible porque se sienten *responsables* primero y ante todo ante el Señor (Josué 22:22), y esperan que sus hermanos lleguen a la misma conclusión. Intentan *entender antes de esperar ser entendidos*.

Después de reconocer la acusación en principio, los transjordanos explicaron con *calma y firmeza* que su altar no era para sacrificios, invalidando la acusación. Aclaran que su verdadera motivación era el *miedo a la separación* de Israel, no la apostasía. Su respuesta es tan clara que no deja lugar a dudas. Sus acciones surgieron del deseo de mantener la *unidad con toda la comunidad* a través de una *reverencia compartida por el Señor*, no por la proximidad geográfica. Las tribus occidentales, al enterarse de esto, sienten *alegría genuina* en lugar de derrota, ya que sus sospechas eran infundadas. Esta revelación evita la guerra civil y refuerza que la *unidad de Israel* se basa en la *lealtad espiritual* a los requisitos del Señor, no en los límites físicos. Como resultado, ambas partes se regocijan. Las tribus cisjordanas son lo suficientemente *humildes* como para admitir que sus conclusiones y acusaciones eran erróneas. No estaban tan orgullosos y seguros de su propio juicio como para no permitir que prevalecieran el *sentido común y la verdad*. No estaban tan preocupados por hacer las cosas «*correctamente*» como para dejar de hacer lo correcto.

La reacción de las tribus transjordanas es una vívida ilustración del principio expresado en Proverbios 15:1: «*La blanda respuesta quita la ira; mas la palabra áspera hace subir el furor.*» Su actitud ejemplifica el espíritu de Cristo, quien «*no cometió pecado, ni se halló engaño en su boca; quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino que se encomendaba a Aquel que juzga con justicia*» (1 Pedro 2:22, 23). A la luz del *sacrificio infinito de Cristo*, entenderemos que los seres humanos son propiedad de Cristo, comprados por Él a un precio infinito, ligados a Él por el amor que Él y Su Padre han manifestado por ellos.

> ¡Cuán cuidadosos, entonces, debemos ser en nuestro trato mutuo! Los hombres no tienen derecho a suponer maldad con respecto a sus semejantes. Los miembros de la iglesia no tienen derecho a seguir sus propios impulsos e inclinaciones al tratar con compañeros que

han errado. Ni siquiera deben expresar sus prejuicios con respecto a los errantes, porque así ponen en otras mentes la *levadura del mal*. Los informes desfavorables sobre un hermano o hermana en la iglesia se comunican de un miembro a otro. Se cometan errores y se hace *injusticia* debido a la falta de voluntad de alguien para seguir las instrucciones dadas por el Señor Jesús.

La pregunta central planteada en esta historia es: *¿Qué pasaría si las tribus transjordana hubieran construido un altar con la intención de adorar en contra de los claros mandamientos del Señor? ¿Se aplicarían aún estos principios de resolución de conflictos?* Es importante señalar que las tribus de Israel no estaban impulsadas por «*la unidad a cualquier costo*». Si las tribus transjordanas hubieran apostatado, Israel habría mantenido los requisitos del pacto. *La unidad nunca debe ser un argumento para comprometer la verdad o los principios bíblicos.*

Esta historia es paralela a la guía de Jesús en Mateo 18:15-20 sobre la resolución de conflictos entre cristianos. Nuestras iglesias se transformarían si los *principios* que Jesús esbozó se aplicaran consistentemente. Sin embargo, la *disciplina eclesiástica* siempre debe ser un último recurso, solo después de que hayan fracasado los esfuerzos constantes de reconciliación y el apoyo pastoral basado en la Biblia. Incluso cuando la iglesia debe aplicar los pasos de la *disciplina redentora*, el espíritu en el que se realiza ese proceso debe reflejar el *carácter de Cristo*.

Cuando tratamos con personas que se oponen a nuestros principios, recordemos el consejo de Ellen G. White:

> «Que todos los que están en error sean tratados con la *masedumbre de Cristo*. Si aquellos por quienes trabajas no captan inmediatamente la verdad, no censures, no critiques ni condenes. Recuerda que debes representar a Cristo en Su masedumbre, gentileza y amor. Debemos esperar encontrar incredulidad y oposición. La verdad siempre ha tenido que enfrentar estos elementos. Pero aunque encuentres la oposición más amarga, no denuncies a tus oponentes. Pueden pensar, como Pablo, que están haciendo el servicio de Dios, y a tales debemos manifestar paciencia, masedumbre y longanimidad...

> Debes conducirte con masedumbre hacia aquellos que están en error, porque ¿no estuviste tú mismo recientemente en ceguera en tus pecados? Y debido a la paciencia de Cristo hacia ti, ¿no deberías ser tierno y paciente con los demás? Dios nos ha dado muchas amonestaciones para manifestar gran bondad hacia aquellos que se nos oponen, para que no influenciamos un alma en la dirección equivocada.

> El Señor quiere que Su pueblo siga otros métodos que no sean el de condenar el error, aunque la condena sea justa. Él quiere que hagamos algo más que lanzar a nuestros adversarios acusaciones que solo los alejan más de la verdad. La obra que Cristo vino a hacer en nuestro mundo no fue la de levantar barreras y constantemente imponer a la gente el hecho de que estaban equivocados.»²

Por su disposición a *escuchar a sus hermanos y hermanas* y al anteponer los intereses comunes del pueblo a sus prejuicios y convicciones, el pueblo de Israel sentó las bases de una sociedad en la que las *personas son más importantes que las políticas*, donde una *profunda comprensión de la verdad* —y un compromiso con ella— es la base de la paz, y donde la *unidad en una misión común* incorpora la comprensión y el respeto por las necesidades de la minoría. Mientras continuamos en nuestro empeño de dar forma a una *comunidad de fe* que encarne los principios del *reino de Cristo*, emulemos el ejemplo de los antiguos israelitas al tratar con las tensiones y conflictos en la iglesia.

¹ Ellen G. White, *Testimonios para la Iglesia* (Mountain View, CA: Pacific Press, 1948), 5:615.

² Ellen G. White, *Testimonios para la Iglesia* (Mountain View, CA: Pacific Press, 1948), 7:260.

³ Ellen G. White, *Testimonios para la Iglesia* (Mountain View, CA: Pacific Press, 1948), 6:120, 121.